

miento fué señalado por una reaccion mas formidable que nunca contra la autoridad pontifical. En Bolonia, los Pépolis; en Faenza, los Manfredis; los Polentas en Ravena; los Oderlaffis en Forli; los Malatestas en Rimini, y la familia de Este en Ferrara, crearon en su provecho otros tantos Estados. En Milan, el duque arzobispo Juan Visconti se apoderó de una parte de la Romaña en perjuicio de la Santa Sede. El papa le citó en 1351 á su tribunal. El arzobispo nada respondió por de pronto, pero convidó al legado á que se hallase al día siguiente por la mañana en la catedral. Allí, en presencia de todo el pueblo se hizo repetir las intimaciones pontificales: luego, tomando con una mano el báculo, con otra la espada, y volviéndose hácia el nuncio, dijo: «Id á decir al papa, Monseñor, » que con la una sabré defender la otra. » Clemente VI respondió á este insulto poniendo entredicho á Milan. Visconti recurrió al papa con negociaciones: se le perdonó mediante una multa de cien mil florines á la cámara apostólica. Fué el último acto de Clemente VI, que murió el 6 de diciembre de 1352, dos años despues de Felipe de Valois, muerto en 1350, y cuyo hijo, Juan II, llamado el Bueno, inauguró un reinado que habia de ser tan fatal á la Francia.

§ IV. PONTIFICADO DE INOCENCIO VI (18 de diciembre de 1352-12 de setiembre de 1362).

26. Un hecho, hasta entonces sin ejemplar, se verificó en el conclave. Redactaron los cardenales reunidos un cuasi-compromiso que firmaron y juraron ejecutar. Segun esta acta, el papa futuro no habia de poder nombrar nuevos cardenales sin consentimiento del sacro colegio; como igualmente era necesario aquel para nombramientos y destituciones de los altos funcionarios, y en fin para dar el gobierno de las provincias ó ciudades de los Estados pontificios. Si hubiera subsistido tal compromiso, hubiera sido una fantasma el papa; y habria reinado de hecho el sacro colegio. El cardenal de Ostia, Estéban Aubert, nacido en la aldea de Beyssac, en el Limosin, fué elegido el 18 de diciembre de 1352, y tomó el nombre de Inocen-

cio VI. Su primer cuidado fué abrogar el compromiso hecho por los cardenales (1), y revocar la constitucion de su antecesor tocante las reservas y expectativas. Declamó contra la pluralidad de beneficios, é intimó á cada titular, so pena de excomunion, guardar su residencia; lo cual purgó la corte romana de una turba de inútiles cortesanos, verdaderos trujamanes. La magnificencia de Clemente VI fué reemplazada por un gobierno económico y rígido, y por un celo ilustrado por las reformas. Mandó no se confriesen las sagradas órdenes ni los beneficios sino á los beneméritos. «Las dignidades eclesiásticas, decia » Inocencio VI, han de ser premio de la virtud, no del nacimiento. » Y así se ven sucederse en el trono pontifical hombres que, perteneciendo á géneros diversos, reúnen en grado eminente cualidades distintas. La Providencia, que vela por la Iglesia, escoge para cada época los caracteres mas oportunos; la unidad en la doctrina, y el depósito de la fe se van perpetuando con la misma integridad á pesar de la divergencia de administraciones.

27. Se hallaba á la sazón Europa en una de las mas complicadas situaciones, y el nuevo papa estaba llamado á resolver multitud de cuestiones importantes y difíciles. En el Norte, la Francia é Inglaterra habian roto su tregua, y á pesar de los esfuerzos del cardenal Guido de Bolonia, se preparaban á una lucha mas desastrosa que las dos anteriores. En el mediodía, la Italia presentaba tantos campos de batalla como ciudades, y la Santa Sede solo tenia una autoridad nominal. La Castilla era siempre teatro de las violencias de Pedro el Cruel. Solo la Alemania gozaba de paz bajo el cetro de su emperador Carlos IV: triunfaba la política de Clemente VI.

28. Carlos IV habia cumplido fielmente sus promesas anulando los actos y decretos de Luis de Baviera, contrarios á los derechos de los papas. En 1355, vino este príncipe para recibir la corona imperial: su viaje fué un triunfo. Cardenales

(1) Inocencio VI antes de su eleccion habia firmado esta acta con la restriccion siguiente: «En cuanto esté conforme á derecho.»

delegados por el papa hicieron la ceremonia de la consagracion imperial, concluida la cual se salió inmediatamente Carlos IV de la Ciudad eterna. Inocencio VI habia concebido el proyecto de restablecer en Italia el poder pontifical: pero era negocio de nada menos que una conquista, y el papa se decidió á ello con firme resolucion. Con este objeto habia hecho las mayores economías en todos los ramos, y logró tener en reserva sumas destinadas á tan loable objeto. Mas para salir bien en tal empresa, era necesario ponerla en manos de un hombre que reuniese en su persona genio político y valor militar. Por dicha este hombre se hallaba entre las filas del sacro colegio. El cardenal Gil de Albornoz (1) habia sido consejero de Estado, y alférez mayor de Alonso el Onceno, rey de Castilla. Habia contribuido en gran manera á la famosa victoria [del Salado] junto á Tarifa, y el monarca castellano le armó de caballero, despues de aquella, por sus propias manos. Elevado despues [á la dignidad del sacerdocio y luego] al arzobispado de Toledo, continuó sirviendo á su patria hasta el advenimiento de Don Pedro el Cruel. Las generosas amonestaciones que hizo cristiana y valerosamente al tirano, le atrajeron sus venganzas: para sustraerse, se refugió á Aviñon; y como su fama era universal, Clemente VI le creó cardenal. Entonces renunció á su arzobispado de Toledo, y se agregó exclusivamente á la corte pontifical. Tal era el jefe á quien confió Inocencio VI el ejército que habia de pasar á Italia. Con nuestras actuales costumbres no nos es posible concebir un cardenal guerrero. La separacion de los poderes, por un sistema de reaccion extrema contra la edad media, es tal en nuestros días, que un clérigo, aunque fuese un grande hombre, no podria servir útilmente á su país con su ingenio ni aun con sus consejos. Cada siglo ve de distinta manera. No se pensaba en el catorceno como en el décimonono: hé aquí porqué hubo un Cisneros en España, y un Amboise, y un Richelieu en Francia: y por cierto que sus

(1) Natural de Cuenca, en Castilla la Nueva, cuya familia subsiste hoy día; y es de las mas ilustres y constantes en los sacros principios de religion y política. Tenemos la honra de contarle entre nuestros paisanos. (El Traductor.)

nombres no han desdorado á la historia. Albornoz era de la alcurnia de esos grandes hombres. Durante quince años desplegó, en el suelo de Italia, la profundidad de sus designios con la rapidez de ejecucion; las estratagemas mas desconocidas en el arte militar, con las combinaciones mas sabias de política; cuanto pueda discurrir el ingenio en situaciones difíciles; cuantos medios inventa la habilidad para aprovecharse de las ocasiones que ofrece el azar venturoso, y en fin la intrepidez del héroe unida á la invicta constancia del cuerdo: hé aquí lo que se vió en el ilustre cardenal. Cuando hubo acabado esta inmortal mision, el pontificado volvió á recobrar en Italia sus Estados perdidos despues de medio siglo, y al cardenal Gil de Albornoz debe la humanidad el gran beneficio del restablecimiento de los papas en Roma. Esta ciudad soñaba siempre quimeras de su gloria pagana; y el nombre de Rienzi era muy popular. Albornoz pensó que era mejor dejar consumirse por sí mismas á las preocupaciones, cediéndoles algo que las satisfaga, que no resistirles abiertamente: volvió á llamar al tribuno desde el fondo de la Alemania, le hizo levantar la excomunion y le devolvió á los Romanos. La noticia de su llegada despertó el entusiasmo popular pasado. La turba, loca de gozo, se agolpaba á su paso; se diria un Escipion Africano que subia al Capitolio. Si Rienzi hubiera tenido moderacion en el poder, hubiera gobernado largo tiempo; pero la grandeza era para él como una bebida licorosa que embriagaba su razon. Sus prodigalidades, su orgullo, sus bacanales, que solo interrumpia para cometer actos de bárbara crueldad, tardaron poco en levantar contra él el furor popular. Apenas habia trascurrido un año de su restauracion cuando resonaron por todas partes los gritos desaforados de: ¡*Muera el tirano, viva el pueblo!* El palacio del Capitolio fué embestido por una turba de furiosos. El tribuno aparece al balcon y hace señal de silencio; pero redoblan los gritos y desafueros; se pone fuego al palacio; Rienzi es degollado, y el populacho, siempre dispuesto á ultrajar lo que adoró en la víspera, insulta á su cadáver, arrastrándolo, mutilándolo, y arrojándolo el resto á las llamas, en 1354. No

juzgó empero Albornoz oportuno todavía el tomar posesion de Roma. Es muy raro que á los delirantes excesos de la anarquía se sigan, sin interrupcion y como de repente, el órden, la paz durable. Dejó pues que los Romanos se creasen una nueva dictadura, aun mas vergonzosa que las anteriores, á favor del zapatero Lelio Calzolayo. Los Romanos no sabian cómo envilecerse mas y mas. Entretanto el cardenal iba destruyendo sucesivamente á todos los tiranzuelos de la Marcha de Ancona y de la Romaña; arrojó de Bolonia á los Viscontis, y despues de numerosas victorias hizo tratados de sumision y de paz con los Malatestas, Ordellaffis, Manfredis, Polentas; y en 1361 concluyó la sumision entera de los Estados de la Iglesia por el glorioso hecho de armas de san Ruffello.

29. Si el poder temporal del pontificado triunfaba en Italia, su influencia moral no lograba igual éxito en las demás partes. En España y Francia era menospreciada la autoridad de Inocencio VI. Pedro el Cruel, despues de haber abandonado á su legítima esposa Blanca de Borbon, princesa acabada en virtudes y gracias, se unió ilícitamente con María Padilla, y luego con Juana de Castro. Blanca de Borbon fué custodiada en el alcázar de Sigüenza, y su obispo fué encarcelado por haberla defendido. A esta noticia, Inocencio VI notificó sentencia de excomunion á Pedro el Cruel, á Juana de Castro y á María Padilla, así como á los obispos de Ávila y Salamanca, que habian bendecido su union adúltera con el rey. Al mismo tiempo se puso entredicho en los reinos de Castilla, y el lenguaje del soberano pontífice en esta ocasion fué digno del vindicador de la religion y de la moral ultrajadas. « El universo entero, decia al rey, conoce vuestros desórdenes, y no es secreto el escándalo de vuestra conducta. ¡ Dios os habia establecido para corregir los extravíos de los pueblos, y vos sois quien los descarria! ¡ O crimen! ó infamia! ¡ La espada que el Omnipotente ha puesto en vuestras manos para castigar á los malos y defender á los buenos, la desenvainais para herir á una mujer inocente! » Pedro el Cruel respondió al soberano pontífice con hacer

morir á la desgraciada Blanca de Borbon en un calabozo (1).

30. La Francia habia caido por otra parte á tal estado, que pudo temerse su ruina. Volvióse á encender la guerra con gran furia entre Juan el Bueno y Eduardo III. Al frente de ochenta mil hombres, habia logrado el monarca francés cercar en un monte cerca de Poitiers diez y seis mil Ingleses, mandados por Eduardo en persona y por su hijo, el príncipe de Gales. El cardenal de Talleyrand, legado del papa, se presentó en medio de las potencias beligerantes, y logró que se tratase de paz. Los Ingleses, que se creian perdidos sin remedio, ofrecieron devolver todas sus conquistas. Talleyrand suplicó á Juan II economizase sangre cristiana y aceptase ofrecimientos tan ventajosos. Juan II se mostró inflexible. Jamás se emprendió batalla con tanta presuncion, ni se perdió con mas ignominia. Los Ingleses, como no esperaban sino la muerte, se batieron como leones, y una victoria inesperada coronó sus desesperados esfuerzos. Quedaron tendidos en el campo de batalla diez mil caballeros, lo mas florido de la nobleza francesa. El rey, su hijo, y gran número de señores, quedaron prisioneros en esta fatal jornada del año 1356. Toda Francia quedó dolorida y en luto. Inocencio VI, que no habia podido impedir desastre tan inmenso, se apresuró en repararlo, y se estipuló una tregua por dos años, en Metz, año 1357, entre el príncipe de Gales y el delfin Carlos, que habia tomado las riendas del gobierno despues del cautiverio de su padre. Espirada la tregua, Eduardo III volvió á comenzar la guerra contra un reino sin armas ni ejército, asolado por las pérfidas incursiones de Carlos el Malo, rey de Navarra, y trastornado por facciones que se disputaban encarnizadamente el mando. Solo Inocencio III podia salvar á la Francia, y la salvó. Andróino de la Roca, abad de Cluny, fué

(1) Don Pedro el Cruel hizo morir en efecto á su legítima esposa doña Blanca y á doña Isabel de Lara, en Medinasidonia, el año 1361; mas no fué como para responder al papa ni insultarle, sino por su brutal instinto de hacer matar á cuantos podian servirle de estorbo. Por lo demás, como la historia de este rey ha sido escrita por Pedro Ayala, su enemigo capital y partidario de Enrique de Trastámara, que le sucedió en el reino, está visiblemente llena de exageraciones. (El Traductor.)

el encargado por el papa de negociar la paz, cuyo tratado definitivo se firmó en Bretigny, cerca de Chartres, el 18 de mayo de 1360. Esta paz reducía la Francia á algunas provincias y daba á la Inglaterra una prodigiosa preponderancia; pero ponía en libertad á Juan II. Se miró entonces la paz de Bretigny como obra maestra política. Y aun hoy día podría creerse tal al considerar la imperiosa necesidad que se tenía de un rey y las dificultades que se presentaban para libertarlo de otro modo; así como la alegría que inspiró á ambos partidos, y el agradecimiento de ambas partes, pues que Ingleses y Franceses suplicaron á la vez al papa honrase con el capelo de cardenal al abad Andróino, como recompensa de su hábil negociacion.

31. El pontificado vigilaba por las necesidades generales del mundo católico. La Italia en armas no le suministraba subsidio alguno; Francia é Inglaterra, consumidas por la guerra, ni aun enviaban sus diezmos; solo la Alemania podía suministrar fondos para tantas atenciones. Para colmo de la desgracia Carlos IV, que hasta entonces se habia mostrado celoso por los intereses de la Santa Sede, se negó á dejar percibir en sus Estados las rentas pontificales; pero muy pronto se disipó en Aviñon la inquietud que habia causado esta noticia. Porque Carlos IV, seducido un momento por pérfidos consejeros, hizo justicia á las observaciones benévolas de Inocencio VI, dejando continuar la percepcion de dichas rentas. Otro asunto llamó entonces la atencion del soberano pontífice. El emperador Juan Paleólogo acababa de ver caer en manos de Amurat I la ciudad de Adrinópolis, llave de la Grecia, y baluarte del imperio griego. Reducido á algunas provincias separadas unas de otras, no podía defenderse mas el Oriente, y se agitaba entre las convulsiones de la agonía. Paleólogo instaba mas que nunca pidiendo socorros al jefe de la cristiandad; y para lograrlo mas eficazmente, prometia la reunion de ambas Iglesias, tantas veces intentada y malograda por la mala fe de los Griegos. Se hallaba entonces en Aviñon un hombre cuya actividad é ingenio prometian para el Oriente un éxito tan glorioso como el de Albornoz en Italia. Era aquel el bienaventu-

rado Pedro Tomás, apóstol, diplomático, guerrero lleno de bravura, tan superior en una sala de consejo como en el campo de batalla. Numerosas misiones le habian familiarizado con las costumbres y necesidades de las poblaciones orientales. Inocencio VI le nombró su legado *à latere*, y le encargó la organizacion de una cruzada. Al frente de una armada compuesta de galeras venecianas, y de Rodas, visitó Tomás á Esmirna y otras ciudades marítimas del Asia, reanimó el valor de los cristianos y su esperanza, y llegó en fin á Constantino-
pla, donde fué recibido con el mayor júbilo. Fué depuesto el patriarca cismático, y el emperador prestó en manos del legado juramento de fidelidad á la Santa Sede. Tomás puso sitio á Lampsaco, y la asaltó escalando sus muros á vista de una armada turca que no podía defenderla. Las islas de Creta y de Chipre abjuraron el cisma, reconociendo el primado de Roma. Despues de sucesos tan brillantes, regresó á Europa Tomás para llevarse nuevos refuerzos; pero no encontró ya vivo á Inocencio VI, que murió, anciano y achacoso, el 22 de setiembre de 1362, á los diez años de su pontificado.

§ V. PONTIFICADO DE URBANO V (27 de setiembre de 1362-10 de diciembre de 1370).

32. Veintiun cardenales entraron en conclave, y por la tarde, dos terceras partes de votos recayeron en el cardenal Hugo Rogerio, hermano de Clemente VI. Por una rara humildad, este prelado, que solo pensaba en su propia santificacion y la de los demás, se negó irresistiblemente á la tiara. Los sufragios recayeron despues en el cardenal Raimundo de Canillas, pero sin mayoría suficiente. Para dar un corte á toda cabala, se convino en elegir papa fuera del sacro colegio, y el 27 de setiembre de 1362 fué elegido el abad de San Víctor de Marsella, Guillermo Grimoard. Hallábase entonces en Florencia é iba á Nápoles con mision de Inocencio VI; y desde allí dirigió su carta al conclave aceptando la tiara y tomando el nombre de Urbano V. Nacido en la quinta de Grisac, cerca de Mende, el nuevo pontífice, aunque francés, era muy simpático á